

internacional por medio de la aplicación del método científico a aquellos problemas que pueden ser resueltos de esta manera.

Es deseable que en el campo de las ciencias sociales tengamos desarrollos parecidos a los que exhiben los investigadores en "ciencias naturales" en nuestro medio. Quizás éste último dependa más del "carisma" del investigador social, asociado a las pautas organizativas que han mostrado su efectividad en otros campos de la actividad científica.

FERNANDO MORALES

Primero estaba el verbo

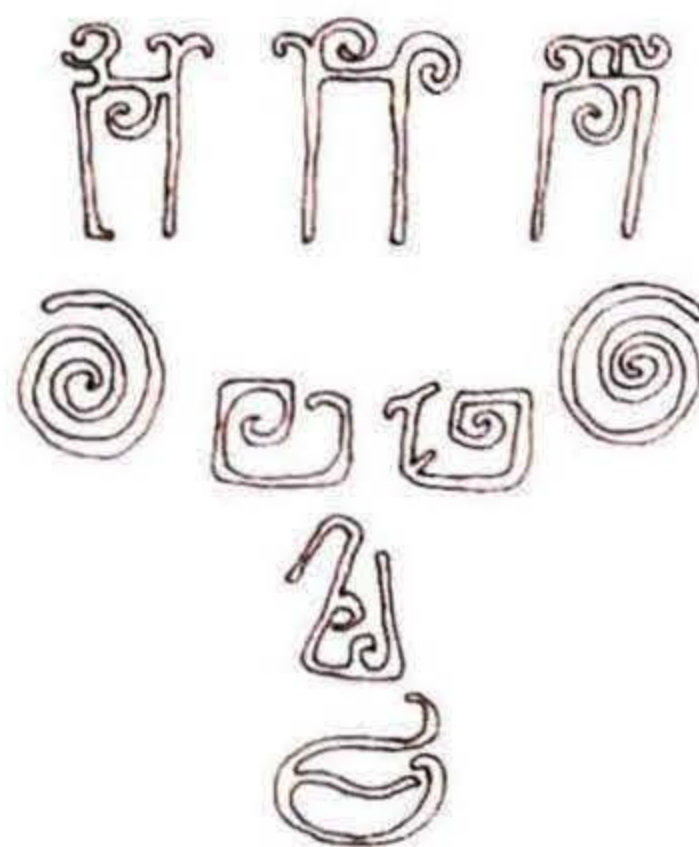
Hablas de selva y agua

Nancy Motta González
Universidad del Valle, Cali, s.f.,
110 págs.

La definición clásica de Tylor acerca de la cultura asociada al complejo de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad, puede contribuir a señalar el campo primordial de la investigación suscrita en este libro, espacio signado tanto por la cultura material (tecnología, y objetos resultantes), como por la cultura inmaterial (creencias, normas, valores).

Toda sociedad crea una manera muy particular de formas o maneras que tienen sus miembros de solucionar sus problemas históricos, derivados éstos de su enfrentamiento con la realidad donde conviven, elementos que se van juntando en un bagaje común, en un conjunto dinámico, fluido, cambiante, llamado cultura. La lengua, por ejemplo, surge como una necesidad compleja de comunicación. Su realización compleja es el habla. La lengua es, pues, colectiva, vista como la puesta en práctica, por una etnia o comunidad, de la capacidad del lenguaje. Es código y sistema. La palabra viene a ser la consti-

tuyente esencial de esa facultad humana, verbo, acto que fundamenta la realidad, la significación del mundo, que lo designa y lo transforma. A través de ella el pensamiento se hace imperecedero: suceso, historia, universo. La palabra representa a la concepción de la existencia, su reflexión, sus ideas que la nombran o la imaginan.



"Palabra es la sombra del acto", dijo Demócrito, y Foucault expresaría luego: "Lo que erige a la palabra como tal y la sostiene por encima de los gritos y de los ruidos, es la proposición oculta en ella".

Palabras misteriosas, antiguas y nuevas tras una oralidad fuertemente encadenada a la cultura, a la tradición, a la memoria, testimonios verbales hablados o cantados. Al respecto afirma Jan Vansina: "Las tradiciones orales son fuentes históricas cuyo carácter propio está determinado por la forma que revisten: son orales —o no escritas— y tienen la particularidad de que se cimientan de generación en generación en la memoria de los hombres".

Estos pueblos tienen una memoria sólidamente desarrollada, ya que donde subsisten las fuentes también prevalece un tipo de transmisión de conocimientos, percepciones, intuiciones y habilidades; pensamiento mágico y ritual de gran extensión y coherencia, dinamismo interno; pensamiento espontáneo y libre, provisto de ese valor de uso propio de las culturas populares. Allí se atestiguan acontecimientos, provistos de sentido, dada su repercusión histórica; acciones que se vinculan con otras acciones por medio del relato, del canto interpretado. Hay un pasado evocado y una supervivencia en el presente; "el hombre y el mundo se

convierten en espejo el uno del otro", según Lévi-Strauss.

Lo anterior para introducir una labor exploradora a una "civilización de la oralidad", al lugar donde se concibe diariamente "una estrategia de supervivencia", el litoral pacífico de Colombia, investigación titulada *Hablas de selva y agua* de Nancy Motta González. La autora partió de un trabajo de campo en Salahonda, al noroeste de Tumaco, participando de la vida cotidiana y recopilando el saber oral de este pueblo. Pasó después a la costa nariñense, caucana, chocoana y vallecaucana para continuar explorando el mundo cognitivo de las mentalidades orales: narradores, cantadoras, signos, reglas, ritmos, tradiciones, códigos, sustancias, alfabetos, síntesis, consonancias, verbos, sílabas, "la memoria viviente, el recuerdo personal, el don del habla, los filamentos vibrantes de la identidad, los misterios del ensueño, la sabiduría intuitiva y los juegos de la imaginación...", elementos tomados por la autora, quien, según Carlos Vásquez Zawadski, "buscará transformar esta extensión geográfica del occidente del país en espacio sociohistórico y cultural, es decir, significante".



Ello es posible porque el litoral pacífico es aún una comarca oral, un lugar que ha demostrado un poder de "resistencia cultural", elevando la oralidad al rango de instrumento de creación, difusión y preservación del conocimiento esencial para una comunidad.

Nancy Motta explica al respecto: "La cultura del Pacífico no es solamente una población, un espacio físico, una cul-

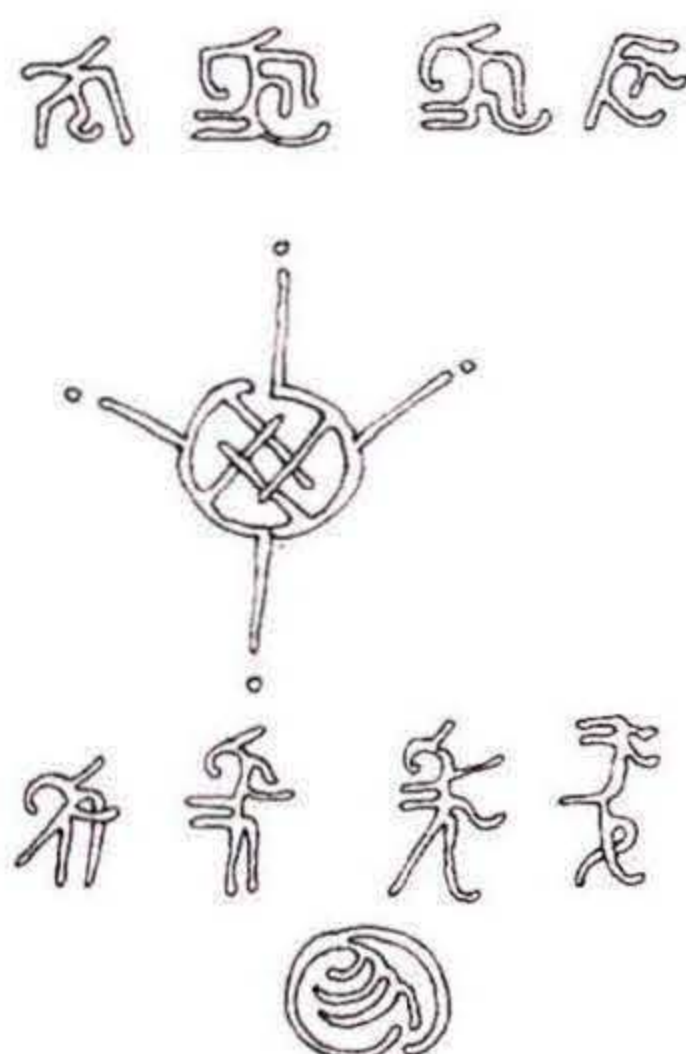
tura material, una acción ritual y un género verbal, sino que es un proceso comunicativo que crea o recrea una realidad social, con significados en cada una de las acciones de su acontecer cotidiano, de su propia historia cantada y contada por el pensamiento hecho palabra”.

Se trata de mirar la tradición oral como documento histórico, como fuente de investigación para el antropólogo y como una realidad social, viva, no como vestigio de supervivencia, para el habitante. Aquí la autora hace una etnografía a través de la etnoliteratura y desde la perspectiva de la mujer como portadora de los códigos simbólicos de su etnia, de los aportes semióticos y semánticos de su grupo social y como la vocera de las historias que se cuentan y se cantan. Es decir, el centro de este trabajo es el papel de la mujer negra en la oralidad del Pacífico, por que ellas “constituyen la fuente de la transmisión cultural”. Los hombres cuentan mientras las mujeres cantan; el hombre posee el don de contar los mitos con sus estructuras complejas, imágenes, abstracciones, toponimias, símbolos, y las mujeres tienen la capacidad, con sus cantos, de abordar los temas más coloquiales de la existencia diaria. Es que “los hombres separan la forma del contenido, la estructura del contenido, conceden más importancia a la coherencia formal que a su adecuación a lo real”, escribe la antropóloga, quien extrañamente señala la presencia de una “subcultura femenina” en cada sociedad. Afirma que los actos de habla más característicos en las mujeres negras lo constituyen los cantos: las coplas y las improvisaciones del repentismo. La diferencia en la producción oral de hombres y mujeres radica en lo lingüístico-sexuado, en la función de cada uno en la transmisión cultural. Pero, de todas maneras, “es una narrativa oral que se basa en la preocupación por la condición humana”.

Pero la transmisión cultural por vías de la oralidad implica concebir la palabra como una acción transformadora, de fuerza moral, lúdica o cognitiva. Este esfuerzo conduce a la dialogicidad, al lenguaje social, al proceso comunicativo que involucra “al que canta y habla y al que oye, como unidad mínima, el

que entiende y se inicia en la comprensión; son dos, para luego ser tres”. Cantar o hablar conlleva establecer determinadas relaciones con el otro —su alteridad—, su diferencia, el discurso ajeno, el encuentro de valoraciones del mundo, de la vida y del hombre.

La palabra se traduce en nuestras coordenadas espacio-temporales en el respeto y estimación por la expresión del otro, por cada totalidad de sentido que el hombre le confiere a su realidad. El otro existe porque nos comunicamos con él; fuera de mí existen otros sentidos, diverso, abiertos, siempre nuevos. Liberar la palabra significa comunicar sus dimensiones, realizar un intercambio frente a una sociedad que interactúa con el individuo, considerado él como parte de una colectividad. La palabra es realización.



Entonces la expresión oral, además de su valor histórico, también posee una categoría ética que combate los prejuicios de la sociedad mayor, frente a los grupos minoritarios. Llamar, por ejemplo, analfabetos a quienes no poseen escritura o, así la poseyeran, no constituya ésta su principal herramienta de difusión, es un acto de ignorancia y discriminación. O juzgar desde la estética los actos orales como construcciones menores o apartarlos de la literatura, constituye otra manera de exclusión de la cultura nacional. Como no se puede desdeñar la tradición oral por ser cuerpo vivo. Actuante, tampoco se puede negar la coexistencia de lenguajes y de pensamientos, de manifestaciones y significaciones distintas, sentidos en el tiempo y las experiencias vitales. Final-

mente, como lo dice la autora: “Este trabajo se ha realizado para rendir un tributo al arte verbal de la cultura Afropacífico expresados en las voces femeninas y masculinas. Un arte cuyo acto comunicativo enlaza el pasado con el presente, lo sagrado y lo profano, lo práctico con el encantamiento, lo tradicional con lo moderno, una cultura que en su canto y en su cuento, elabora sus procesos simbólicos y de pensamiento, que se hace palabra”.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Libro chirriado, ala

El español hablado en Bogotá: análisis previo de su estratificación social

José Joaquín Montes et al.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1998.
284 págs.

La publicación de la segunda parte de *El español hablado en Bogotá*, dedicada al *análisis previo de su estratificación social*, constituye un nuevo aporte a los estudios que vienen realizando los investigadores del departamento de dialectología del Instituto Caro y Cuervo —a cuya cabeza se halla el doctor José Joaquín Montes Giraldo— desde hace ya muchos años.

La primera parte de este trabajo (*El español hablado en Bogotá: relatos semilibres de informantes pertenecientes a tres estratos sociales*), editada en 1997, contiene un corpus de treinta relatos, de 234 recogidos, cuya función es la de servir como muestra representativa del habla empleada por los diversos estratos socioculturales que integran la población bogotana. En esta segunda etapa, acompañan al doctor Montes los profesores Jennie Figueroa Lorza, Siervo Mora Monroy, Mariano Lozano Ramírez, Ricardo Aparicio Ramírez Caro, María Bernarda Espejo Olaya y Gloria Esperanza Duarte Huertas; colaboran además, en la recolección de los materiales, Marilyn Ortiz Sánchez, María Clara Henríquez Guarín, Darcio